

exigía detenida meditación, porque en tiempos de revueltas suele ser de funesta trascendencia toda exageración de principios.

La opinión de Zavala es, que el señor Morelos debió haberse restringido á fijar por sí mismo ciertos principios generales, que tuviesen por objeto asegurar garantías sociales, y una promesa solemne de un gobierno republicano representativo, cuando la nación hubiese conquistado su independencia.

De todas maneras, parece inmadura la instalación de un cuerpo que realmente no podía ni aun contar con el terreno en que quería deliberar nada menos que sobre la constitución mexicana.

El Congreso de Chilpancingo estuvo muy distante de ser un rebaño miserable de esclavos del poder militar; pero en cambio, si hemos de creer á Zavala, multiplicó de tal modo sus disposiciones impracticables, que hizo embarazosa la marcha de Morelos en los instantes que le era más necesaria la concentración del poder, para obrar rápido, con arreglo á las exigencias del momento. Muchas veces las imaginaciones exaltadas no calculan la distancia de las teorías á los hechos, y ya hemos visto sacrificada más de una conveniencia pública, á un elegante giro oratorio ó al amor propio empeñado en una cuestión escolástica.

El Congreso mismo parece convencido íntimamente de estas verdades, pues en su reglamento, redactado por una pluma que ha sido el escudo de la patria y la gloria de nuestra literatura, más bien se establecía la división de poderes, como una fórmula consecuente con los principios liberales y la civilización del mismo, reservando de hecho el ejercicio real del poder al señor Morelos.

Después, el Congreso fué el receptáculo de quejas contra Morelos mismo, un recurso de insubordinación, y un obstáculo de los planes militares.

Debo á la bondad de mi maestro y favorecedor, el señor Lic. Don Andrés Quintana Roo, el siguiente documento inédito, en que se queja el señor Morelos de la conduc-

ta observada por el Congreso de Chilpancingo. Dice así:

"El reglamento bajo cuyo pie se regeneró nuestro Gobierno y reinstaló el Congreso, V. E. lo dictó.—Haga por su parte se cumpla, é influya todo lo posible, para que con la integridad que nos caracteriza, se vaya reformando con la solemnidad de las actas, para que el pueblo no anule lo practicado, conforme al reglamento ó lo que se haga con éste.—En el reglamento se queda el Congreso de representantes con sólo el Poder legislativo, y en el día quiere ejercer los tres poderes, cosa que nunca llevará á bien la nación. Aquel reglamento se publicó; varios ciudadanos tienen copia y saben quién fué su autor. ¿Cómo, pues, ha sido esta mutación tan repentina? No hablo más, porque á V. E. le toca, y hasta ahora no me ha manifestado su arrepentimiento ó nuevo descubrimiento. V. E., pues, tomará á su cargo la conferencia privada y particular con los compañeros, hasta allanar estos gravísimos inconvenientes.—No estoy tan ciego que no conozca necesita alguna reforma; pero ésta debe hacerse con la misma formalidad por actas discutidas, en las que sea oído el Generalísimo, aquel á cuyas instancias se regeneró el Gobierno. Dígame V. E. su sentir, para que no perdamos tiempo.—No sé cómo se asienta en el plan que quiere adaptar S. M., que los pueblos no quieren vales en cobre, pues con continuación están ocurriendo á esta superioridad; y ahora que estoy escribiendo ésta, acaba de llegar un memorial acerca de eso. Dios guarde á V. E. muchos años. Huacura, Mayo 18 de 1814.—JOSE MARIA MORELOS.—Excmo. señor Vocal, Lic. Don Andrés Quintana."

Perdóneseme esta cansada digresión sobre el Congreso de Chilpancingo; y anudando el orden cronológico de los sucesos, acompañemos al General Morelos después de asegurada la fortaleza de Acapulco, y dejar instalado el Congreso, en medio del regocijo general, en 13 de Septiembre de 1813.

Dirigióse Morelos á Valladolid con su división, victorioso; y aquí comienza la serie de sus desgracias, porque hay hombres que siguen la vida de los astros; llegan al zénit, hermosos y radiantes, y no vuelven á adquirir su brillo sino pocos momentos antes de desaparecer á nuestros ojos.

El General vencedor en cien combates yace ahora sombrío y silencioso en una estancia de la hacienda de "Puruarán;" ha visto desaparecer á sus ojos lo más florido de su ejército: á los que daba el título de compañeros y de amigos los vé en poder del bárbaro enemigo vitoreando aún su nombre, y oye la mano de la guadaña de la fortuna inconstante, cavar el sepulcro de sus ilustres Generales; pero nunca fué más grande Morelos que visto á la luz livida de la adversidad.

Fué la batalla de Puruarán sangrienta, y mi pluma se resiste á describirla: el brillo del acero realista desapareció bajo la sangre americana: en lo más recio del choque vió Morelos caer de su caballo al General Matamoros, y cargó frenético para salvarlo; pero lo alejaron, y entonces una lágrima aisiada surcó la mejilla, tostada por el sol de las victorias....

La conducta de Morelos se comentó desfavorablemente, porque la adversidad no tiene más amigo que Dios.

Morelos descollaba en medio de su desgracia, como el cedro robusto que se salvó del incendio de la selva. El 5 de Febrero de 1814, con voz sosegada y entera, de entre las ruinas de su ejército y su gloria, dirigía al señor Quintana Roo la notable comunicación que original se ha servido franquearme, y á la letra dice:

"Excmo. señor:—Es preciso llevar con paciencia las adversidades. Acompaño á V. E. copia del oficio-orden que despacho al Coronel Don Víctor Bravo, para que mitigue en parte los cuidados, no porque yo sea capaz de quitarlos. Consultando á la mayor seguridad y economía, perderé mañana domingo en preparar los mejores lugares de Tepantitlán, para cuño y maes-

tranza, pues no podemos estar ocho días sin estas oficinas; pero el lunes "Deo dante" seguiré á alcanzar el ejército, y á que nos veamos "quam primum." El religioso, el mal religioso despachado por Calleja, (*) merece acabar sus días en una bartolina, privado absolutamente de la comunicación, aun de los pájaros. Yo encargo á V. E. esta privación, para que no engañe á los simples. La premura del tiempo no me permite extenderme á más; y si no fuera arrogancia, añadiría que aún HA QUEDADO UN PEDAZO DE MORELOS Y DIOS ENTERO.—Dios guarde á V. E. muchos años. Tapa y Febrero 9 de 1814.—JOSE MARIA MORELOS.—Excmo. señor Lic. Don Andrés Quintana Roo."

En tropel acosaron las desgracias al ejército Insurgente, y de abismo en abismo se iba precipitando á su exterminio. Hubo día en que perdida toda esperanza, aquel General Galeana, que por sus altos hechos mereció el renombre de invencible, despojándose de sus vestidos militares en presencia de Morelos, le dijese, con voz enronquecida por el llanto:

—General, es forzoso que nos separemos.

—¿Cómo! ¿Podría usted abandonarme en la adversidad, amigo mío?

—Señor, á usted lo defiende su saber y su nombre; yo voy á mi pobre casa á ocultar mi vergüenza de no haber muerto en el campo con mis compañeros: vuelvo casi desnudo, y sin más auxilio que el de Dios: yo no sé ni escribir una letra; pero labraré la tierra con mis manos, y ella me sustentará.

—Cuando me llamaba la victoria, compañero, pude vacilar en seguirla; ahora que me espera la muerte, no dudo, es fuerza ir á su encuentro.

(*) Me han asegurado que éste era un fraile agustino que iba al Congreso de Chilpancingo, con el objeto de ofrecer indultos á sus miembros ó envenenar á los más perjudiciales á la España; le cogieron el arsénico con que debió haber perpetrado crimen tan atroz.—G. P.

—Eso no, mi General: sígame usted, yo lo obedeceré, lo defenderé, y comeremos un propio pan, hablando de nuestras campañas y de las desgracias de la nación.

—Vea usted, Galeana, aún tengo esperanzas: debémos continuar nuestros trabajos; si éstos fueren inútiles, usted me admitirá en sus tierras, las labraré para ganar el sustento.

Interrumpámos este diálogo, que sucesos más graves deben ocupar mi pluma.

XII

Es el 5 de Noviembre de 1815; á alguna distancia del pueblo de "Tesimalaca," se percibe un ejército custodio del Congreso de Chilpancingo.

Sus ilustres miembros tocan el término de una dura peregrinación, en medio de los sobresaltos de la guerra, cambiando de lugar constantemente, por la obstinada persecución de Negrete; impertérritos y unidos en su desgracia, acababan de publicar una Constitución, en que á pesar del juicio acre de Zavala, se consignaban nuestros más preciosos derechos, proclamando la soberanía del pueblo.

Al frente de este ejército marcha un hombre, á quien todos iban sometidos, que les prodigaba paternales cuidados, y empleaba por ellos su vigilancia personal.

Los archivos, el parque, las mujeres y niños, ocupaban los carros y se dirigían á Tehuacán.

Brillaba el sol con apacible claridad, ondeando sus reflejos en las armas: serían las diez de la mañana; adelantóse el señor Morelos por las lomas á reconocer Tesimalaca, cuando en una barranca lo atacaron los enemigos: empeñóse la acción con su reducida tropa; los fuegos lo bañaban por todos lados en tan desventajosa posición.

—¡Avancen! ¡Avancen, "cazadores!" repetía tomando la delantera, y entre una lluvia de balas; pero unos después de otros caían, al tocar un punto dominado por los fuegos enemigos.

—Lobato, evite usted la fuga de esa tropa.

Entonces ese jefe comprendió mal el movimiento, y abandonando uno de los flancos se introdujo la más horrible confusión.

—¿A qué correr? decía Morelos: aquí tenemos un sepulcro al natural.

La tropa se reanimó, el esforzado Don Nicolás Bravo estaba al lado de Morelos.

—¡Viva la América! y cargaron con mayor brío; pero el sitio era tan escabroso y profundo, que perecían á centenares los insurgentes, sin oír ni su clamor de muerte fuera de la barranca.

—Señor Bravo: retírese usted, "vaya á escoltar el Congreso, que aunque yo perezca, importa poco."

A pocos momentos de la retirada de Bravo, quedó Morelos con un solo criado, pero aún se defendía con denuedo. Cayó su caballo acribillado de balas; tomó otro de un dragón, diciendo:

—"Pronto se cansó este caballo, y anduvo bien poco."

—¡Alto, cobardes! Moriré combatiendo con el más valiente.

Cesaron los fuegos enemigos. Morelos quiso desembarazarse de las espuelas, echó pie á tierra para pasar por la aspereza. En ese momento lo cercaron los realistas, al mando de Carranco, cobarde desertor de los americanos.

—¡Cuidado quien dispare al General!

—No lo esperaba de usted, amigo; parece que nos conocemos.—Y le regaló uno de sus relojes por premio de su acción.

El repique, los cohetes y las dianas publicaron esta prisión, más importante para los españoles, que cien victorias.

XIII

Cargado de grillos, entre los ultrajes de una soldadesca brutal, y en medio del insultante regceijo de un populacho estúpido, atravesó las poblaciones desde Tesimalaca á México, donde el Gobierno español, aterrado con su presa inerme, multiplicó sus medidas de seguridad.

El 27 de Noviembre, "el Santo tribunal" de la Inquisición juzgó al señor Morelos, y le hizo veintitrés cargos.

El señor Morelos respondió con dulzura, defendiendo la justicia de su causa, vindicando el nombre insurgente, y desvaneciendo los cargos de heregía que se le hicieron.

Los inquisidores dictaron su sentencia, y en ella lo condenaban á la pena de deposición, "á que asistiera á su auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y "vela verde."

En consecuencia de haber aprobado la causa una junta de teólogos, procedióse á la degradación.

Allí, en un banquillo, frente á sus jueces, revestido de los sagrados paramentos, con la hiel que derramó el hombre en la solemnidad de estos actos, y con un anatema que forma la tortura de las almas religiosas, fuéronlo despojando uno á uno de los ornamentos sagrados, hasta llevarlo al verdugo á raer sus manos; momento tremendo en que se oyó un gemido ahogado al señor Morelos, y se vieron salir de sus ojos dos lágrimas que sin enjugarse rodaron á su vestido.

Así el "Santo tribunal" lo entregó á la justicia civil, que consumó la obra.

Una noche, en su calabozo, cuando más atormentado se hallaba, por sus penosas circunstancias, sonó la puerta, y no volvió el semblante, porque era frecuente que lo fueran á insultar en su desgracia algunos españoles que con tal objeto cohechaban al carcelero.

Pero cuál fué su sorpresa cuando se oyó nombrar con la mayor dulzura.

—Señor, vengo á pedir á usted un favor.

—¿Cuál es?

—Muy grande, señor: aquí tiene usted las alhajas de mi mujer; ésta es la cajita de mis pobres ahorros, señor.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—El carcelero duerme el sueño de la embriaguez; usted no tiene grillos, en las puertas no hay centinelas.... Sálvese usted, señor, que su vida es el tesoro de mi patria.

Sin poder casi articular palabra, Morelos, por el llanto del reconocimiento, dijo á su libertador:

—"Amigo mío, es muy fácil cosa averi-



Degradación de Morelos.

“ guar que usted me ha sacado, pues usted entra y sale por razón de su destino
 “ en estas cárceles; usted tiene familia, y
 “ de consiguiente, dentro de poco es perdido con ella.”

El cirujano oía, con los ojos rasados de lágrimas, y en medio del mayor desconsuelo Morelos continuó:

—“No permita Dios que yo le cause el menor daño; déjeme morir, y en mí terminará todo.”

La resolución de Morelos fué inflexible, contentóse con que el cirujano le dijese su nombre.

Este, con un enojo mezclado de ternura, le dijo, abrazándolo:

—“Francisco Montes de Oca.”

Fué trasladado en medio de la noche el señor Morelos á la Ciudadela, donde permaneció con las seguridades correspondientes, mientras le formaba la causa el señor Bataller, con un sigilo extraordinario.

México estaba en un estado de consternación difícil de pintarse: en los templos se decían misas por el alivio de su suerte, y todos corrían en tropel á conocer al caudillo mexicano; desde las puertas y ventanas, los padres alzaban á sus hijos en brazos, para que lo viesan; las mujeres no podían reprimir sus lágrimas, y la juventud generosa no se cansaba de admirarlo.

Ni un signo de temor, ni una mirada de abatimiento, ni un solo movimiento de impaciencia; sin hacer alarde de un quijotismo pedante, máscara muchas veces de almas apocadas, conversaba afable con los oficiales que lo custodiaban, captándose su voluntad.

XIV

El día 22 de Diciembre de 1815 lo sacaron de su prisión, habiendo tomado sus precauciones sobre la salida de las tropas; tan pública así era la ansiedad general por la existencia de Morelos.

Poco más de una legua de México, en medio de llanuras áridas, y ocultándose entre montones de tierra en que están las salinas, hay un pueblecito de indios que se

llama San Cristóbal Ecatepec; á él llegó el señor Morelos, y á poco se sirvió la comida que se tenía preparada de antemano.

Los asistentes á la mesa estaban pálidos y desconcertados; más de un oficial mezclaba á su alimento sus lágrimas.

El señor Morelos hablaba de cosas indiferentes.

—Señor Concha, sabe usted que esta iglesia no es tan ruin como yo creía. Vamos, coma usted, que el camino abre el apetito.

—Señor, efectivamente, la iglesia es bonita.

—Sólo el terreno sí es demasiado árido; ya se ve, donde yo nací fué en el jardín de la República.

—Me han dicho que es usted de un pueblecito inmediato á Valladolid.

—No, señor; nací en la ciudad; pero como desde niño tuve una vida errante, pocas veces he permanecido en Valladolid.

Acabáronse de servir los manjares; algunos dejaron la mesa con precipitación, y unos á otros se veían en un silencio, que tenía no sé qué de pavoroso é imponente.

Paseábase Concha precipitado, llegaba hasta cerca de Morelos, y se retiraba arrepentido; por fin, con una voz insegura le dijo:

—¿Sabe usted á qué ha venido aquí?

—No, á punto fijo; pero lo presumo....

A morir.

Los oficiales se estremecieron y quedaron pálidos.

—“Tómese usted el tiempo que necesite.”

—Compañeros, “antes fumaremos un puro,” porque esta es mi costumbre.

Fumólo despacio, siguió hablando con calma y dulzura tal, que los oficiales no se atrevían á levantar los ojos, enjugándolos al descuido.

Encerróse después con el Vicario, y como católico, levantó el alma con fervor al Dios de las misericordias.

En este momento se oyó el redoble.

—Hola, dijo Morelos, á formar..... No mortifiquemos más.

—Vamos, señor Concha, venga un abrazo.

—¡¡Señor General!!

—Nada de afligirse: será el último.

Metió después los brazos en su turca: “Bah! ¡ésta será mi mortaja! aquí no hay otra.” Sacó en seguida su reloj: empuñó con solemnidad una “Cruz, y marchó.”

—¿Qué va usted á hacer? preguntó al que le iba á vendar los ojos. “No hay aquí objetos que me distraigan.”

Los soldados tenían pintado el dolor y la consternación en los semblantes, guardaban un silencio sepulcral.

Insistieron en que se vendase los ojos, lo ejecutó por sí mismo, preguntó con voz enérgica por el lugar.... dijéronle:—Adelante.

—Fuego.

Tronó la descarga, y con horribles convulsiones se quiso levantar: entonces dispararon una segunda; azotóse el cuerpo, trémulo, en un lago de sangre; después lanzó un gemido penetrante y horrible, y quedó inmóvil.

GUILLERMO PRIETO.